

25ª SESIÓN ORDINARIA DEL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Integración de las comisiones de agricultura y de presupuesto.—Asuntos entrados—Se resuelve celebrar sesiones diarias.—Consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barraza, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Billordo, Bollini, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaría, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), González, Gouchon, Helguera, Hernández Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Loreyro, Loveyra, Machado, Martínez, Moreno, Olmos, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Sarmiento, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco (R.), Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Casares, Ferreyra, Luro, Reyna, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Berrondo, Bores, Carbó, Leiva, Morel, Olivera, Tissera, Villanueva, Vivanco (P.), Yofre, Bruchmann, Bouquet Roldán, Castellanos (J.), Pérez.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Calderón, Castellanos (A.), Gigena, Gómez (M.), Laferrère, Parera (R.), Rivas.

—En Buenos Aires, á 4 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 3 y 40 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

INTEGRACIÓN DE COMISIONES

Sr. Presidente—De acuerdo con lo resuelto por la honorable cámara en la sesión anterior, la presidencia integra la comisión de agricultura con los señores diputados Carreño y Garzón y la de presupuesto con el señor diputado Gómez (C. F.)

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

—El señor ministro de justicia é instrucción pública remite el primer tomo de memoria de ese ministerio correspondiente al año próximo pasado.—(Al archivo.)

—El honorable senado comunica la sanción definitiva del proyecto de ley concediendo á los señores Quesada hermanos la construcción y explotación de

una línea de tranvía que partiendo de la capital federal termine en Almirante Brown.—(Al archivo.)

—El juez federal de Mendoza remite el acta labrada por la junta que determina el inciso 2.º del artículo 3.º de la ley nacional de elecciones.—(A la comisión de poderes.)

PETICIONES PARTICULARES

—Fuentes, Lastra y del Franco solicitan autorización para construir una línea férrea desde el puerto de Villa Constitución hasta la estación Perdices.—(A la comisión de obras públicas.)

—La sociedad argentina de primeros auxilios solicita subvención para terminar la obra de la iglesia matriz de San Nicolás.—(A la comisión de peticiones.)

—El vicario foráneo de la provincia de Mendoza solicita subvención para terminar la obra de la iglesia matriz de San Nicolás.—(A la comisión de presupuesto.)

—Julia Rodríguez Machado, representada por José Aspiázu, pide pensión.—(A la comisión de guerra.)

—Rosa Gómez pide pensión.—(A la comisión de peticiones.)

—Sandalia Bolano pide pensión.—(A la comisión de peticiones.)

DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La comisión de guerra se expide en el proyecto de ley del exdiputado general Bosch, reformando la ley de retiros militares.

—La de peticiones en varias solicitudes de pensión.—(A la orden del día.)

SESIONES DIARIAS

Sr. Balestra—Pido la palabra.

Voy á interrumpir la expectativa que en la honorable cámara han suscitados los proyectos militares que vamos á tratar, para formular una moción relativa al régimen interno de la cámara, en el período de sesiones ordinarias que nos resta. Esa moción es la de que celebremos sesiones diarias. Mas, como tal propósito ha fracasado en otras ocasiones, debo decir brevemente las razones especiales que exigen que hoy se realice; lo que importará, una vez adoptado por la honorable cámara, el compromiso de tomar las demás medidas conducentes á ese fin, en caso que esta resolución fuera anulada, como otras veces, por la ausencia y la consiguiente falta de *quorum*.

La honorable cámara sabe que hace varias sesiones no podemos llegar á la orden del día, tal es el cúmulo de asuntos que se suscitan en el verdadero des-

pertar del espíritu legislativo que ha sobrevenido. Debido á eso está pendiente la discusión de la ley de jubilaciones; estamos en presencia del debate militar; la comisión de justicia ha despachado la reforma de la organización federal de la justicia; la de negocios constitucionales, la ley electoral; y la de legislación esta próxima á despachar la ley de divorcio: no quiero mencionar la multitud de asuntos menores que exigirán sanción, con un esfuerzo proporcionado á la seguridad de no ser incluidos en la prórroga. Me basta con la mención que he hecho, para demostrar á la cámara la urgencia de sus deliberaciones, pues el montepío, la reforma militar, la reforma judicial, son cuestiones previas para la confección del presupuesto—que á pesar del propósito constitucional, nuestros hábitos han convertido en el asunto principal de la prórroga:—son exigencias ya excesivamente demoradas, y cuya sanción inmediata, apenas daría tiempo para que fuesen ejecutadas dentro de los tres primeros meses del año próximo. Sería, pues, ahora, un inaceptable recurso el de pensar que ellas han de ser incluidas en la prórroga, lo que sólo significaría la conformidad con una demora más.

Caía una de esas leyes exigirá cuatro ó seis sesiones: en total, de veinte á treinta. Las ordinarias serían sólo doce: es evidente, pues, que necesitamos sesionar todos los días. Lo necesitamos para llenar nuestra tarea y nuestro deber: y lo necesitamos para poner á este cuerpo á la altura de las exigencias del país en la hora confusa que pasamos.

Quién que juzgue con verdad del momento actual, no siente en la atmósfera una sensación de inestabilidad, casi de peligro, que, lejos de disminuirse por la observación de que nadie puede indicar de dónde viene ó vendrá la tormenta, se agranda con la sensación de lo desconocido: *ignotus pro magnifico*, como decía Tácito. No hay soluciones que se impongan: los procedimientos que se intentan medrosamente, se parecen más á tanteos inconfesables que á convicciones francas sobre la marcha que deba imprimirse al país; cuando no toman la forma de una reversión descarada al sistema que todos tenemos el deber de abolir,—y los que en cualquier forma gobernemos el deber de abjurar,—como acaba de verse al otro lado del Arroyo del Medio, donde la actitud honrada y honrosa para el país y para este cuer-

po, de cuatro diputados de la cámara, ha puesto igualmente de realce los anhelos de la época que empieza y la impenitencia de los viejos errores incubadores de todas las calamidades políticas del país.

El mantenimiento de la autoridad, cualquiera ella sea, ejecutiva, legislativa ó judicial, y su prestigio, es siempre un interés supremo en los pueblos que aspiran á ser libres ordenadamente, única manera de serlo, por otra parte; pero ese prestigio sólo puede conseguirlo la autoridad misma, haciéndose digna de él, mediante su labor, su rectitud y su sinceridad. La República está viviendo institucionalmente, desde hace muchos años, una vida de interinatos, que en la hora en que debía corregirse se ha agravado: basta echar la vista en cualquier dirección para comprobarlo: interino es lo existente en el ejército, en la justicia, en la hacienda, en la legislación agrícola é industrial. Interino es lo existente en la instrucción pública, enorme edificio construido en 40 años y cuyos mazoos principales fueron volteados en un día, para crear el estado actual, en que los escombros impiden la comunicación de los diversos pisos del edificio, sin que haya, hasta hoy, más señales de reconstrucción que un concurso artístico de planos ó planes de enseñanza.

En tales circunstancias, las críticas justas del país nos alcanzan á nosotros también, de quienes depende, si no dar la realización plena de las necesidades, por lo menos no servir con nuestra inercia de obstáculo insuperable á la marcha constitucional de las reformas. Sé nos exige el cumplimiento de nuestro deber: se nos exige, lo mismo que al ejecutivo, que gobernemos, entendiéndose por tal concepto que es preciso tener una idea clara y definida del propósito que debamos perseguir en las múltiples cuestiones sometidas á estudio, y realizarlo leal, honrada y esforzadamente, para inspirar confianza y respeto.

Tales son las consideraciones que me han movido á presentar la moción de celebrar sesiones diarias; y creo que si mis honorables colegas la aceptaran, bastaría el empeño celoso de cada una de las fracciones en que, para bien del país, se halla dividida la honorable cámara, bastaría el incentivo de la emulación por cumplir con su deber cada grupo político, para no carecer nunca de número.

He dicho. (*Muy bien! muy bien!*)

—Se aprueba la moción del señor diputado por Corrientes.

COMISIÓN DE LEGISLACIÓN

Sr. Barroetaveña—Pido la palabra.

La comisión de legislación tiene á su estudio varios proyectos de importancia y funciona con dificultad á causa de no poder formar *quorum* por no hallarse presentes todos sus miembros en la capital. Uno de ellos, el señor diputado Avellaneda, está en Catamarca, y creo que otros están fuera de la capital.

Con el propósito de facilitar el despacho, hago moción para que la comisión sea integrada provisoriamente, nombrándole reemplazante al señor Félix Avellaneda, previa autorización á la presidencia.

—Apoyalo.

Sr. Presidente—Si no hubiere oposición por parte de la cámara...

Sr. Romero—Pido la palabra.

Entiendo que si el señor presidente llama al señor Avellaneda, ha de concurrir á las sesiones. No veo la necesidad, por consiguiente, de que se le reemplace sin haber presentado la renuncia de su cargo ni haber dado aviso de que no volverá.

Sr. Barroetaveña—Es de práctica hacer estos nombramientos; y aunque se le llamara, no habría tiempo para que la comisión despache todos los asuntos que tiene á su estudio.

Sr. Romero—Que se le obligue al señor Avellaneda á concurrir; tiene el deber de estar en la cámara.

Sr. Presidente—No habiendo asentimiento por parte de todos los señores diputados, la cámara resolverá lo que deba hacerse en este caso.

—Se vota si se integra provisoriamente la comisión de legislación, y resulta negativa.

Sr. Romero—Hago moción, señor presidente, para que se autorice á la presidencia á que haga un telegrama al señor Avellaneda, obligándole á que concorra á las sesiones.

Sr. Echegaray—Y á los demás diputados que faltan.

Sr. Barroetaveña—Acepto la moción del señor diputado, y propongo que mientras viene el señor Avellaneda sea

integrada la comisión con el señor diputado Romero.

Sr. Avellaneda (M. M.)—Ha sido rechazada ya esa moción.

Sr. Presidente—No hay nada en consideración. La presidencia se ocupará de dar cumplimiento á la indicación del señor diputado por Santa Fe.

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—La cámara pasará á ocuparse de los proyectos militares, para cuyo objeto ha sido destinada la sesión de hoy.

A la honorable cámara de diputados.

Vuestra comisión de guerra, en mayoría, ha estudiado el proyecto de ley sobre organización del ejército presentado por los señores diputados generales Capdevila y Godoy; y por las razones que dará el miembro informante os aconseja su sanción, con la siguiente modificación—en el inciso 1.º del artículo 34—noventa días, en lugar de sesenta días.

Sala de la comisión, agosto 13 de 1901.

*Alberto Capdevila—J. S. Dantas
—Julián Martínez.*

A la honorable cámara de diputados.

Vuestra comisión de guerra, en minoría, ha estudiado el proyecto de ley remitido por el poder ejecutivo sobre organización del ejército de la nación; y por las razones que dará el miembro informante, os aconseja su sanción.

Sala de la comisión, agosto 12 de 1901.

*Pedro J. Coronado—Mariano
Demaria (hijo).*

(Véase los proyectos originarios en las páginas 296 y 356.)

Sr. Capdevila—Pido la palabra.

Vamos á discutir, señor presidente, la cuestión de más vital importancia para el porvenir del ejército, y si afirmo, en nombre de la mayoría de la comisión de guerra, que nos complace haber firmado en disidencia ese despacho, es porque creemos que de esta lucha de ideas ha de resultar el cumplimiento del anhelo patriótico que desea para el país la mejor organización militar.

Estamos convencidos que no tendremos prejuicios que combatir, obstinaciones que vencer, ni compromisos

políticos que desatar, y que en este debate prevalecerá nuestra conciencia individual sobre los intereses políticos ó las simpatías personales.

Los que firmamos el despacho de la mayoría de la comisión de guerra, en nuestra dualidad de diputados y militares, de representantes del pueblo y miembros del ejército, tenemos que presentar y resolver el problema con todos los elementos que comporta una cuestión tan múltiple y compleja. Las aspiraciones del pueblo y las necesidades del gobierno, los derechos del uno y las obligaciones del otro, sin ser antagónicos puesto que concurren á la obra de la seguridad común, pueden discrepar en la forma y en el detalle.

Nos acompaña la convicción de que cumplimos con un doble deber de conciencia profesional y patriótica y de que no somos los únicos en compartir las ideas sobre organización militar que vamos á proponer.

Los que han comandado tropas en nuestras guerras nacionales y civiles, los que han hecho campañas militares, los que han sentido en los campos de batalla la necesidad casi instintiva del soldado profesional, están de un lado. Los que han ido á buscar en instituciones similares de Europa organizaciones inadaptables á nuestro país, están del otro.

Empiezo, señor presidente, por declarar en nombre de la mayoría de la comisión de guerra, nuestra irreducible disidencia con cualquier sistema de organización militar fundado en el servicio obligatorio en épocas de paz. Debo, pues, ante todo examinar los argumentos en que se apoyan los partidarios del servicio obligatorio, para demostrar su inaplicabilidad entre nosotros. Estos argumentos son:

Primero: Que el servicio obligatorio es el sistema de organización militar adoptado por las naciones más adelantadas;

Segundo: Que ha sido ensayado entre nosotros;

Tercero: Que la defensa nacional lo exige, por ser el medio de obtener la mejor preparación militar;

Cuarto: Que el servicio obligatorio es el sistema más económico.

Los que creen, señor presidente, que podemos copiar las instituciones militares de otros pueblos, no han penetrado el espíritu de estas instituciones, que conviene estudiar en el medio en que se han desenvuelto, y olvidan tal vez que ellas responden siempre, principalmente

á fazones sociales, políticas ó geográficas.

Para demostrarlo, me será permitido recordar, pero muy brevemente, cuál es el sistema de organización militar que han adoptado las naciones que ocupan el primer rango por su población, comercio, riqueza, industrias, y en qué razones se han inspirado.

Empezaré por la nación cuyas instituciones nos han servido de modelo, cuyos progresos miran con estupor los economistas del mundo entero, abrumados con el desenvolvimiento colosal de sus industrias: Estados Unidos, con una población que pasa de setenta millones de habitantes, á pesar de la guerra en Cuba y en Filipinas, conserva el sistema de organización de su pequeño ejército por medio del voluntariado, porque así lo determina su constitución. Estados Unidos no tiene enemigos próximos á su frontera.

Ingllaterra, separada del mundo por mares que dominan sus naves, tenía en el momento de estallar la guerra con el Transwaal un pequeño ejército de soldados voluntarios, y aunque ha aumentado considerablemente el número de sus tropas, exigido por las necesidades de la guerra y por los nuevos rumbos de su política, no ha variado el sistema el voluntariado.

Pero Inglaterra ha hecho algo más, señor presidente. Ultimamente, hace tres meses, una campaña de gran parte de su prensa en favor de un servicio obligatorio atenuado, llevó la discusión militar al parlamento, y allí el gobierno y la oposición coincidieron para rechazarlo.

Pido permiso á la honorable cámara para leer un brevísimo resumen de las opiniones manifestadas en aquella ocasión en el parlamento inglés por el secretario de guerra, por el leader del partido liberal y por el ministro de la guerra.

En la cámara de los comunes Sir Wyndham se expresó en los siguientes términos: «La primera cuestión que tengo la intención de someter al examen de la cámara, es la del mejor empleo de nuestras fuerzas militares. El asunto ha preocupado vivamente á la opinión pública. Escritores conocidos, que gozan de cierta autoridad, han indicado al gobierno la necesidad de adoptar como una especie de servicio obligatorio atenuado. El gobierno no tiene la intención de seguir ese camino.

Mr. Campbell Baunerman, leader del partido liberal, manifestó «que se encontraba muy satisfecho oyendo á Mr.

Wyndham rechazar toda idea del servicio obligatorio. He leído, agregó, esos artículos de la prensa, y me he preguntado ¿es posible la conscripción en el país? ¿No hay dos razones que la hacen impracticable? Primero, el servicio que incumbe en tiempo de paz á nuestras tropas, el de estar de guarnición en nuestras colonias, es uno de aquellos que no ha sido jamás ni podrá serlo tampoco impuesto á un ejército reclutado por el servicio obligatorio».

El servicio militar en las colonias inglesas es nuestro servicio militar en los fortines del Chaco ó en las fronteras del Río Negro.

En segundo lugar, la idea misma de la conscripción es extraña al carácter y al temperamento de nuestro pueblo.

Lord Landstowne en la cámara de los lores, ha hablado en el mismo sentido y agregó: «Yo pienso que mucha gente emigrará al otro lado del Océano, hacia los países donde esten seguros de volver á encontrar su propia religión y muchas veces también sus propias instituciones y donde no tienen conscripción que los asuste

»En estos días se ha publicado una noticia curiosa en los diarios. Se señalaba una afluencia repentina de inmigrantes jóvenes ingleses á Nueva York. Cuando se les preguntaba por qué tantos jóvenes emigraban á la vez, respondían: «Nos hemos apercibido que va á adoptarse el sistema obligatorio en la milicia y queremos irnos cuando aun hay tiempo.»

Estas opiniones, señor presidente, manifestadas por aquellos hombres eminentes en el parlamento inglés, pueden repetirse en el parlamento argentino, siendo idénticas las circunstancias del problema que se trata de resolver.

Suiza, encerrada entre sus montañas como en una fortificación inmensa, cree con razón que sus milicias bastan para defenderse eficazmente de cualquier agresión exterior, á condición de que sus habitantes conozcan el manejo de las armas. Suiza no tiene ejército permanente, pero tiene la instrucción militar obligatoria y universal, como la que establece el proyecto de la mayoría de la comisión de guerra, fundada en una organización que le permitió en 1870 transportar á sus fronteras un ejército de 150.000 soldados instruídos, en el espacio de cuarenta y ocho horas.

Bélgica, pueblo neutral, se ha decidido por el voluntariado.

Italia prosigue la obra de la unidad

nacional y considera el servicio obligatorio como un medio concurrente; mezclados en las filas del ejército los piamonteses con los romanos y éstos con los habitantes de Nápoles, poco á poco bórranse los abismos tradicionales que todavía separan á los hombres de cada región. Además, su alianza con Alemania y Austria la obliga á tener un ejército cuyo efectivo sólo puede dársele el servicio obligatorio.

Austria se encuentra en las mismas condiciones de Italia, política, económica, social y militarmente.

Alemania y Francia, vecinas y rivales, han adoptado el servicio obligatorio para obtener una organización militar que les permita en caso de guerra tomar rápidamente la ofensiva, invadir el territorio enemigo, impedir la concentración de los ejércitos, vivir de sus recursos y obtener así la ventaja táctica y estratégica que da la ofensiva. Razones de vecindad y rivalidad secular han impuesto allí el sistema.

Rusia no tiene ni necesita la misma organización, porque con sus efectivos colosales y la enorme extensión de su territorio cuenta, ante todo, con el tiempo y el espacio como aliados. (*¡Muy bien!*)

Resulta, pues, señor presidente, que en el mundo civilizado solo cuatro naciones practican realmente el servicio obligatorio personal, porque necesitan estar en un pie permanente de guerra por circunstancias especiales de carácter político, geográfico ó social. Esto basta para darse cuenta del error en que caen los que creen que podemos copiar las instituciones militares de otros pueblos; y la causa de nuestra anarquía sobre organización militar proviene de que unos quieren adaptarnos el sistema prusiano, otros el belga ó el inglés, y no recuerdan que cada nación debe consultar sus instituciones, su situación política, su posición geográfica, su organización social y hasta sus tradiciones, es decir, todo lo que constituye el alma nacional. (*¡Muy bien!*)

El servicio obligatorio personal, como sistema para constituir las tropas de un ejército permanente en épocas de paz, es el que produce mayores perturbaciones económicas y sociales, no tiene en su favor la sanción de la mayoría de los pueblos civilizados y hasta sus mismos autores empiezan á abandonarlo.

En efecto, estudiando la legislación militar francesa, se ve cómo triunfa allí la tendencia contraria al servicio

obligatorio. La duración de este servicio, que era de siete años en 1870, fué disminuido por la ley de julio de 1872 á cinco años, fué disminuido por la ley de 1889 á tres años, y á un año para tantos privilegiados, que estos constituyen un 38 % del contingente total, que se reemplaza con voluntarios enganchados. Este año las cámaras discuten, habiéndolo ya aprobado el senado, la disminución del servicio á dos años, siendo muy numerosos los partidarios del servicio por un año.

En los intervalos de estas leyes, se han discutido y aprobado once modificaciones á las leyes de 1872 y 1889. Por fin, la ley de 1900 establece que el ejército colonial sólo se ha de componer con voluntarios enganchados. La división enviada á China el año pasado se componía de esa clase de individuos, á los cuales se les abonó una prima de doscientos francos por toda la duración de la campaña.

Tenemos, pues, señor presidente, que en Francia el ejército colonial se compone de voluntarios enganchados, que el 38 por ciento del ejército territorial también se compone así, y que la duración del servicio para el resto del contingente del ejército territorial se ha disminuido de siete años á cinco, de cinco á tres, de tres á dos.

Pero estas innovaciones no se detendrán allí; hoy se busca la forma de suprimir el ejército permanente, para reemplazarlo por un ejército de milicias, como en Suiza, ó en otros términos, se trata de abandonar el servicio obligatorio para adoptar la instrucción obligatoria. Debo agregar que la opinión está dividida en esta forma: de un lado están los militaristas que todo lo subordinan al interés profesional y á la idea, cada vez más difícil, de la revancha; del otro lado están los hombres de gobierno que quieren evitar la ruina económica de la nación, conservando, empero, la organización militar estrictamente necesaria para la defensa del territorio.

Nosotros no hemos tenido todavía en el ejército de tierra el servicio obligatorio; pero ha habido, en efecto, un ensayo del sistema, un principio de aplicación de aquella clase de servicio. El poder ejecutivo, falseando, en mi opinión, las leyes de 1895 y 1898, ha incorporado á las filas del ejército de línea á un número de conscriptos en la proporción de 2000 conscriptos en 7.100 soldados. Como el país tiene anualmente

te más de 25.000 conscriptos, han quedado más de 22.000 de ellos sin recibir ninguna instrucción militar, durante los años 1899, 1900 y 1901.

Este sistema de los batallones mixtos se implantó por primera vez en Francia en febrero de 1793; se implantó y se abandonó, porque fué un desastre. ¡Y cien años más tarde, en 1898, resurgió en la República Argentina, como una innovación moderna y adelantada!

Allí, se le llamó el sistema de la amalgama. Quien quiera que conozca la historia militar francesa conoce los resultados que produjo: al salir á campaña aquel ejército de aprendices, se deshacía, según la expresión de Taine, como la nieve al sol. Fué necesario que Carnot reorganizase al año siguiente, en 1794, el ejército francés, creando por primera vez los cuerpos de granaderos que llegaron á ser famosos bajo Napoleón I, y que Napoleón III cometió el error de disolver para reforzar los cuerpos de la guardia.

Pero ¿qué es lo que ha sucedido entre nosotros con este ensayo del sistema, que á cada paso se invoca como un argumento por parte de los sostenedores del servicio obligatorio? Los diarios más serios y mejor informados nos lo han hecho saber.

No recogeré denuncias de la calle; voy á citar hechos que no han sido desautorizados y que en cualquier momento se pueden comprobar.

Ante todo, señor presidente, la ley no se aplica con equidad; un gran número de conscriptos de las mejores clases sociales eluden el cumplimiento de esa ley no incorporada á nuestras costumbres y superior á nuestras energías, y las excepciones y los privilegios injustos han falseado su aplicación. No hay nada más odioso, ni que desprestigie más una ley de contribución de sangre, que la convicción de que ella no será aplicada con la más estricta equidad. Vale más no dictarla si ella no ha de irradiar siempre la verdad firme é inquebrantable, aplicada lealmente, sin tolerancias ni condescendencias, sin vacilaciones ni disculpas.

Por otra parte, ¿en qué condiciones se han incorporado esos conscriptos á los cuerpos del ejército?

Aquí tengo, señor presidente, cuatro telegramas, de *La Nación* y *La Prensa*, que se refieren al último contingente, del mes de mayo. Pido permiso á la

honorable cámara para leer solamente algunos párrafos.

«Chosmalal, mayo 10. Los conscriptos que vienen á incorporarse á los cuerpos aquí destacados, llegaron casi desnudos, con mucho frío. El mismo día de la llegada, el jefe del regimiento 7º recibió orden del ministerio de la guerra para dar de baja á veinte de los mismos, por no corresponder estos al primer llamado.»

Se trataba de una equivocación del gobierno! (*Risas.*)

«Trotayen, mayo 11. Acabo de recorrer la travesía de Añelo, que son 45 leguas de camino carretero. Este mismo camino lo recorrieron los conscriptos que llegaron el lunes á Chosmalal: Eran 61 é iban montados en 50 caballos, sin mantas, sin ropa, sin abrigo ninguno, durmiendo ocho noches á la intemperie, con viento y hielo. Así los despacharon de Roca. Los nuevos soldados iniciaron su período de conscripción con sufrimientos humanos.»

Este es el telegrama de *La Nación*.

«Roca, mayo 19. De los contingentes de la última conscripción enviados á los cuerpos situados en la cordillera están regresando muchos por orden del ministerio de la guerra.

«Vienen en viaje los que hacen regresar de Las Lajas y no han llegado aún los que enviaron á San Martín de los Andes al 3º de caballería cuando del ministerio va orden de hacer regresar á muchos de ellos. Del regimiento 1º de montaña, destacado en ésta, han hecho regresar también 30 conscriptos.

«Pero lo que más llama la atención es el abandono que hacen de esta pobre gente pues desde que salen de los cuerpos quedan librados á sus propios recursos.

«Han quedado vagando todo el día de ayer sin comer, ateridos de frío y sin tener donde recogerse anoche, hasta hoy que este vecindario, condolido de tanta miseria, han iniciado una subscripción á fin de costearles la alimentación durante el tiempo que tardan en regresar á sus hogares.

«Los conscriptos aquí socorridos son... (sigue la lista).

«Estos conscriptos dicen que cuando fueron á Chosmalal en el viaje comieron cada 24 horas, habiendo tardado diez días en llegar allí.»

«Bahía Blanca, mayo 28. Por el tren de Neuquen han llegado hoy 21 conscriptos de los indebidamente incorporados á los cuerpos.

»Estos ciudadanos vienen en el último estado de miseria, cubiertos de harapos y varios de ellos enfermos.

»Después de tenerlos varios días en la confluencia del Neuquén, se les hizo marchar á pie hasta Las Lajas por el camino de Zapata. El viaje duró veintidós días, con tiempo crudo y nevando.

»Todo el camino fueron mal comidos y á marchas forzadas, á que no están acostumbrados.

»Hoy han llegado aquí algunos enfermos, sin conocer nada ni á nadie, y sin auxilio. Son todos pobres gentes del campo.

»Da lástima ver á esos desgraciados, zaparrastrosos, implorando la caridad pública.

»Se han presentado á la comandancia militar rogando su amparo.

»Estos mismos conscriptos me dicen que el estado del contingente que va á San Martín de los Andes no puede ser más penoso.

»Aquellos conscriptos, debido á la inclemencia del tiempo en aquella región y al mal estado de los caminos, van despacio. Entre ellos se ha desarrollado la epidemia de la viruela, y han fallecido varios sin asistencia médica».

Basta, señor presidente, no tengo necesidad ni quiero penetrar en mayores sombras.

Y aunque me sea muy doloroso, desde esta alta tribuna y para que lo escuche todo el país, añadiré que he tenido en mis manos listas de conscriptos que emigraban á Montevideo, escapando del servicio militar; que las oficinas públicas han estado repletas de conscriptos de elevada clase social, que tienen poder suficiente para cambiar la vida ilustrativa y militante de los campamentos por la vida sedentaria y cómoda del gabinete administrativo; y añadiré aún, señor presidente, que no hace muchos días que el mismo señor ministro de la guerra nos declaraba con pena que el 50 por ciento de los conscriptos habían burlado el cumplimiento sagrado de la ley.

Y si esto sucede, señor presidente, con una ley de conscripción, de servicio obligatorio tan atenuado, ¿que no sucederá, pregunto, con una ley de servicio obligatorio personal por el término de dos años, como lo proyecta el poder ejecutivo?

Exigir, señor presidente, en plena paz, que estos jóvenes de 20 años se incorporen en esas condicoines á los cuerpos del ejército y vayan á vivir

á los campamentos lejanos de nuestras fronteras, sin cuarteles, muchas veces sin carpas, sin camás, mal alimentados siempre, con trajes de brin en invierno ó viceversa, es exigir un hecho imposible de resistencia individual, es imponer un sacrificio estéril á la parte más instruída de nuestra población, es imponerle un sacrificio sin compensaciones, inútil y doloroso, infecundo y cruento.

En épocas de guerra, este sacrificio es necesario, y todo el mundo sabrá hacerlo sin discusión ni reparo, y el ejército de que habla la constitución, la milicia nacional, que es el pueblo armado, se levantará siempre á la altura de los grandes hechos de la historia. *(¡Muy bien! Aplausos en la barra.)*

Pero en épocas de paz este esfuerzo, excesivo de un lado é incompleto del otro, sólo servirá para hacernos perder fuerzas en vez de acrecentarlas.

Es necesario notar, además, que en épocas de paz sólo necesitamos un ejército reducido para vigilar nuestras fronteras con Chile, y que ese ejército se puede componer con voluntarios enganchados.

¿Por qué se combate el reclutamiento voluntario, tan incorporado á nuestra vida militar, para reemplazarlo por esa imitación indeliberada del servicio obligatorio, que ha de resultar una costosa y lamentable aventura? Se dice, señor presidente, que el enganche no da resultado porque no se presentan los hombres útiles en número suficiente para llenar las vacantes. Es un error de observación. El enganche ha dado malos resultados solo cuando él se ha encomendado á los mismos cuerpos, que no siempre elegían bien á sus oficiales para esa comisión; pero no ha sucedido así cuando el gobierno ha establecido oficinas de reclutamiento que funcionaban perfectamente controladas en los grandes centros de población. Se ha desacreditado también en una época en que el gobierno no cumplía ó no podía cumplir sus compromisos con el enganchado. Habiendo prometido pagarle doscientos pesos por sus servicios de cuatro años, sólo le pagaba la primer cuota de 75 pesos, y el pobre soldado tenía que costearse desde las fronteras á gestionar aquí inútilmente el pago de sus haberes devengados, concluyendo por vender su expediente á alguno de los usureros que merodeaban en la casa de gobierno. Cuando se ha pagado ese servicio, se han encontrado tan-

tos hombres útiles como vacantes existían en el ejército.

Este es, señor presidente, el ejército que hemos tenido desde que la nación está constituida; un ejército desoldados voluntarios, que es escuela de mando para los oficiales en épocas de paz, y sirve de vanguardia del ejército de la nación en épocas de guerra: es el ejército de la razón y de la historia, de las tradiciones y glorias argentinas; el que mejor se amolda á la índole de nuestras instituciones y á la prácticas de nuestras costumbres. Es el ejército que nace con la república misma, que libra todas las batallas de la guerra de la emancipación, que vence en el Paraguay, que conquista el desierto y afirma la organización nacional con su capital histórica. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra y en las bancas.*)

Hay militares que para prestigiar el servicio obligatorio sostienen que la defensa nacional exige un ejército permanente, numeroso y disciplinado, en condiciones de tomar la ofensiva, en condiciones de invadir el país enemigo, sin esperar la invasión. El pueblo, dicen, que no puede atacar, tampoco podrá defenderse, y agregan: para evitar la guerra, es necesario estar siempre en condiciones de iniciarla.

Los que así discurren han sido llamados con razón los partidarios de las guerras preventivas. Y es lo que Gastón Moch, uno de los escritores militares franceses más autorizados, hallado la paradoja de la ofensiva, demostrando que es un error aplicar á la política el principio táctico y estratégico de la superioridad de la ofensiva. Preparando el ejército para hacer la guerra de invasión, no se evita sino más bien se provoca la guerra que se desea evitar, porque á esa organización corresponderán nuestros vecinos con otra organización idéntica, y cuando los pueblos estén preparados para hacer la guerra, la guerra puede estallar por cualquier motivo, muchas veces extraño á las previsiones de los hombres de gobierno. Para hacer la guerra imposible ó por lo menos muy difícil, basta que el enemigo tenga la convicción de que la defensa nacional está tan eficazmente asegurada que cualquier invasión sería ejemplarmente reprimida. Y este sistema es el único que asegura la paz y las buenas relaciones internacionales, porque demuestra el propósito sincero de no atacar á nadie, unido á la decisión de hacer respetar la propia soberanía. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Del punto de vista de la mejor preparación militar, tampoco puede sostenerse *a priori* que el servicio obligatorio dé mejores resultados que la organización en milicias. La organización del ejército alemán es admirable; pero es también digna de admiración la constitución militar suiza. Y, señor presidente, eso prueba, que con cualquiera de los dos sistemas es posible alcanzar el máximo de poder militar.

Es que el patriotismo y el ardor guerrero, con que una nación cumple sus deberes militares, no proviene del sistema de constitución de las tropas de su ejército permanente en épocas de paz. Proviene de circunstancias que están íntimamente vinculadas con la organización social de cada país. Los militares alemanes no adquieren los principios de su disciplina férrea en las filas del ejército. La instrucción profesional: manejar el fusil, tirar al blanco, marchar, desplegar en tiradores, el servicio de campaña, eso se da en las filas; pero la educación moral, la abnegación, el patriotismo, el desinterés, sin cuyas cualidades el soldado no podrá nunca comprender lo que es la disciplina, eso se aprende en el hogar y en la escuela. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

El maestro de escuela, se ha dicho siempre con razón, ha sido el factor más importante del poder militar de Alemania, cuya organización es la obra de un siglo de perfeccionamiento continuo.

En Suiza, lo que constituye el valor excepcional de sus milicias, es que la nación no ha perdido sus virtudes guerreras tradicionales, y á pesar de la paz y el bienestar de que goza, no ha variado su inclinación por los ejercicios gimnásticos y militares. Se puede decir que en Suiza cada ciudadano es un soldado. Recibida la orden de movilización, abandona su trabajo, viste el uniforme, toma las armas que lleva siempre consigo, acude al punto indicado para la reunión de las tropas, allí se provee víveres y municiones y el ejército queda formado.

Conviene agregar, señor presidente, que Alemania gasta anualmente un millón de marcos en fomentar las asociaciones de gimnasia y tiro, y Suiza, con diez y siete veces menos población, gasta un millón de francos. La gimnasia es obligatoria allí.

La instrucción profesional de las tropas suizas, que yo he visto, puede compararse sin desventaja con la que reciben las buenas tropas del ejército

alemán, y en cuanto á la opinión sostenida por algunos militares y manifestada también por el señor ministro de la guerra, en el mensaje con que acompaña el proyecto del poder ejecutivo, cuando dice que los ciudadanos que presten dos años de servicio en el ejército de línea han de adquirir allí el espíritu militar, también recibe en Suiza la demostración contraria.

Es que el espíritu que debe animar á los soldados de una democracia no es más que una de las manifestaciones del espíritu cívico; el espíritu cívico comprende los deberes que el ciudadano tiene respecto de su patria en tiempo de paz y en tiempo de guerra; el espíritu cívico es el sentimiento del deber, y este sentimiento no se aprende en las filas del ejército, es necesario, repito, haberlo aprendido en el hogar y en la escuela. Pero sostener que sólo se aprende en el ejército ó que allí se adquiere mejor que en parte alguna, es pretender que no existe ó que existe débilmente en los cientos de miles de ciudadanos que no han prestado servicios militares y que son, sin embargo, ardientes patriotas.

Pero del punto de vista económico, señor presidente, —y esta es una faz fundamental para nosotros,—la organización suiza es infinitamente superior á cualquiera otra, incluso la alemana. En Suiza se ha resuelto este problema: cada ciudadano provee un soldado para la defensa nacional, pero el soldado no le quita al país un solo ciudadano.

Voy á explicarlo. Para calcular el costo de un ejército, generalmente se discute sobre los gastos que ocasiona su alimentación, sueldo y equipo. En Francia, por ejemplo, el soldado cuesta alrededor de ochocientos francos anuales. Para que este cálculo sea exacto, es necesario agregar á esta cifra tan considerable las sumas que ese mismo soldado deja de producir durante el tiempo de su servicio militar.

En Francia se calcula que el término medio del producto del trabajo de un hombre sano es de mil francos por año. El ejército francés permanente de 560.000 soldados, deja pues de producir 560.000.000 de francos.

El ejército suizo, intermitente, que sólo se moviliza para la instrucción anual, no ofrece ese inconveniente: el país no sufre los trastornos económicos que provienen del acuartelamiento permanente de un gran número de hombres que no producen y que están

durante ese tiempo mantenidos por la comunidad, como en Francia, Alemania Austria é Italia.

Aplicando esa regla, es indudable que si nuestro ejército permanente en épocas de paz se compone de voluntarios enganchados, será pues mucho más económico que si se compone de conscriptos.

Es fácil probarlo.

Supongamos que el sueldo, alimentación y equipo sea igual para el conscripto que para el enganchado. El voluntario gana, según la ley vigente y según el proyecto de la mayoría de la comisión, una prima de cien pesos al año. El enganche de un ejército de diez mil hombres nos costaría un millón de pesos.

Nosotros no tenemos desgraciadamente una estadística industrial en la que los obreros estén clasificados por los salarios; pero de las informaciones que he tomado de personas autorizadas y competentes en esta materia, se puede calcular muy aproximadamente que el término medio del producto del trabajo de un hombre sano, en nuestro país, es de cuarenta pesos y una fracción por mes, ó sea quinientos pesos por año. Si nuestro ejército permanente se compone pues de diez mil conscriptos, esos diez mil conscriptos dejarán de producir durante un año de servicio cinco millones de pesos, que sustraemos á la producción nacional, que sustraemos á la riqueza pública.

El enganchado no está en las mismas condiciones que el conscripto. Toma el servicio militar, evidentemente, porque no tiene mejor trabajo ó porque no tiene hábitos de trabajo; es el ser que no produce ó que sólo produce lo estrictamente necesario para vivir. El conscripto es el obrero, es el artesano, es el agricultor, es el brazo que quitamos al comercio, á la industria, á la agricultura, en un país cuyo mal es la falta de población, que aumenta su potencia productora sin aumentar en proporción el número de sus habitantes, y que no debe incurrir en la contradicción increíble de fundar, sin necesidad comprobada é indiscutible, el sistema de reclutamiento más costoso que se pueda imaginar en momentos que ha estado golpeando las puertas de la banca europea en demanda del capital que falta en su tesoro nacional.

Más adelante he de probar, también con cifras, que la aplicación del proyecto del poder ejecutivo producirá al país un gasto efectivo mayor de cerca de

tres millones sobre los proyectos de la mayoría de la comisión.

He dicho que llenaríamos todas nuestras necesidades en tiempo de paz con un pequeño ejército de soldados voluntarios, cuyo número fijaremos en diez mil. Debo demostrar que con esa cifra es posible organizar la defensa nacional.

Para demostrarlo, me será permitido recordar cuál es nuestra situación política y cuál es nuestra posición geográfica.

Es necesario, y no hay indiscreción en hacerlo brevemente. Estos temas que interesan vitalmente al país deben discutirse públicamente. Más que el derecho, tenemos el deber de no ocultar nada de cuanto se relaciona con la defensa nacional de un pueblo leal y fuerte, de un pueblo que, según la expresión feliz, es demasiado justo para no agredir á nadie y demasiado fuerte para no temer la agresión de nadie. (*Muy bien! Aplausos.*)

Estamos seguros, señor presidente, de no ser agredidos por el Brasil, ni por la República Oriental del Uruguay, ni por el Paraguay, ni por Bolivia.

Son muchos los que creen que, desgraciadamente, no podemos hacer la misma afirmación respecto de Chile; y digo, desgraciadamente, porque el sentimiento de la Nación Argentina no ha variado respecto de aquel pueblo, desde que nuestros soldados fraternizaron en las cuevas de Chacabuco, en nombre de la Independencia.

Yo no creo que Chile, olvidando sus verdaderos intereses, se lance á una aventura tan peligrosa; pero debo admitir la hipótesis, y la admito: podemos ser agredidos por Chile, que algunas veces parece que estuviera enfermo de locura militar.

Pero entre Chile y la República Argentina hay una cadena de montañas, la más alta del continente, que tiene hasta cuarenta leguas de ancho, cubierta y cerrada por la nieve durante la mitad del año, con caminos precisos que son desfiladeros estrechos, en los que una sola brigada puede detener á un ejército, como detenían los boers al ejército inglés cuando éste se dirigía á librar la guarnición aislada de Ladysmith, en el principio de la guerra del Transvaal.

En cada uno de los caminos principales de la cordillera, detrás de cada peñazco, se puede improvisar una fortificación y hacerse una resistencia tan obstinada y tan eficaz como la de los boers en el Tugela. Porque en una

posición fortificada un soldado que sepa manejar su fusil y tenga munición abundante, puede batirse contra diez, contra veinte. Por eso sostengo que basta una brigada de las tres armas en San Juan, otra en Mendoza, otra en San Carlos y otra en el Sur, agregándole una sección de ingenieros.

Si las circunstancias lo exigieran, debíamos construir las fortificaciones destinadas á defender esos caminos, y si lo hiciéramos, podríamos desde ese momento entregarnos tranquilamente á cultivar nuestros campos desiertos.

Las operaciones de una guerra, por tierra, entre Chile y la Argentina, si nosotros tenemos al pie de la Cordillera la fuerza necesaria para defender los caminos, no pueden ser rápidas y el que ataque al través de la montaña inaccesible dará una ventaja enorme al contrario, sin contar con que la montaña se cerrará á su espalda para impedirle toda comunicación con su base de operaciones, y la incomunicación del ejército, significa no recibir órdenes ni municiones, ni víveres, ni armas, ni contingentes de hombres para renovar con sangre nueva las pérdidas en los combates y las bajas que producen las enfermedades.

La moral y el poder material de un ejército incomunicado, se reducen tan considerablemente, que puede llegar á ser nulo. La primer derrota es un desastre irreparable.

Estas ligeras reflexiones, que están sin duda al alcance de todo el mundo, demuestran que en épocas de paz no necesitamos un ejército permanente numeroso, y que no haremos obra de previsión y buen gobierno, aumentando innecesariamente los sacrificios de la nación.

Pero habiendo admitido la hipótesis de la agresión de Chile, podemos admitir la hipótesis contraria. No es necesario agregar que esta segunda suposición es aún más inverosímil, conocidos como son nuestros propósitos inquebrantables de conservar la paz, compatible con la dignidad y el honor de la nación.

La organización militar debe, empero, ser estudiada del doble punto de vista de la defensa y del ataque, para saber si dará un ejército consistente, capaz de tomar la ofensiva en un momento dado.

Y bien, señor presidente: si un espíritu temerariamente audaz, concibiera el atrevido pensamiento de atacar á través

de esa montaña, aprovechándose de errores ó descuidos del enemigo, afirmo que para tomar la ofensiva, atravesar la cordillera, batirse en ella, forzar los pasos, son más que nunca indispensables tropas tan aguerridas y disciplinadas como sólo pueden encontrarse en el seno de un ejército de profesionales, base y vanguardia del ejército de la nación. (*Muy bien!*) Ejemplo: San Martín, que con un ejército de profesionales, instruido y organizado por él mismo durante tres años, desplegó su hábil diplomacia é inició su ataque recién cuando obtuvo la seguridad de no encontrar resistencia en los caminos de la montaña.

Esa operación, la más difícil de la guerra, no se podrá intentar jamás con un ejército de conscriptos de veinte años, como lo proyecta el poder ejecutivo, con un ejército de aprendices! (*Muy bien!*) (*Aplausos*).

Sr. Balestra—Hago moción para que pasemos á cuarto intermedio: el señor diputado se encuentra fatigado.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Grandes aplausos al orador, en las bancas y en la barra.

—La cámara pasa á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados dice el

Sr. Presidente—Continúa la sesión. Tiene la palabra el señor diputado por la capital.

Sr. Capdevila — Pero organizado un ejército de 10.000 soldados voluntarios para vigilar nuestras fronteras con Chile, no está resuelto el problema de la defensa nacional: es necesario instruir las milicias de la República, y esta instrucción debe ser obligatoria y universal, sin admitir más excepciones que las de los individuos físicamente impedidos para el servicio militar.

¿Cómo obtener que esta instrucción sea eficaz con el minimum de sacrificios por parte de los individuos y el minimum de gastos por parte del estado?

Como lo propone la mayoría de la comisión. Estableciendo permanentemente en los grandes centros de población cuadros de jefes, oficiales y sargentos, con el material necesario, haciendo concurrir á estos cuadros á todo el contingente de jóvenes de veinte años de la misma región, á recibir una ins-

trucción profesional de noventa días, concluida la cual se incorporarán á la guardia nacional activa del departamento á que corresponden. A los 24 y á los 28 años se les da un nuevo curso de repetición de quince días.

La guardia nacional activa debe también ser obligada á concurrir á los polígonos de tiro para la enseñanza teórica y práctica del tiro al blanco.

En pocos años esta guardia nacional se compondrá de los contingentes de ciudadanos de veinte años que han hecho su instrucción de recluta y estará perfectamente instruída. En caso de guerra, movilizados los contingentes de 18 á 30 años, constituimos con ellos el ejército activo de la nación que tiene su vanguardia en el ejército de voluntarios.

Con este sistema tendremos entonces resuelto nuestro problema militar en esta forma: en tiempo de paz, un ejército de 10.000 soldados voluntarios para vigilar nuestra frontera con Chile, y la instrucción militar obligatoria y universal; en tiempo de guerra, 160.000 soldados instruídos, constituyendo el ejército activo de la nación.

O en otros términos: en la paz, el servicio militar voluntario, la instrucción obligatoria; en la guerra, la nación sobre las armas.

Pero este plan de organización militar supone la existencia de un sistema de enseñanza en la juventud que la prepare metódica y gradualmente, por medio de ejercicios gimnásticos y de marchas de resistencia, para soportar las fatigas de la vida de campaña.

El tiro al blanco es también indispensable. El poder ejecutivo debe hacer construir, á medida que sus recursos lo permitan, en todos los centros de población, polígonos de tiro, y debe reglamentar la asistencia á esos polígonos de la guardia nacional activa.

Los guardias nacionales de veinte años que concurren á recibir tres meses de instrucción militar no deben ser alejados de su provincia sino cuando sean movilizados por motivo de guerra exterior. Conservándolos en la región á que pertenecen se evita la separación penosa de la familia, que puede en esa época concurrir á su bienestar, porque tampoco debe recibir sueldo del estado: exactamente como los ciudadanos que reciben la instrucción secundaria en los colegios nacionales; no hay entre unos y otros más que esta diferencia: que la instrucción secundaria es voluntaria y la

instrucción militar debe ser obligatoria, por el deber que el ciudadano tiene de adquirir las aptitudes necesarias para defender el país en que ha nacido. Reciben alimentos, uniforme y alojamiento del esado y eso basta.

Conservándolos en sus provincias, se evitan los gastos considerables de traslación de tropas de un punto á otro, y organizados en cuerpos los individuos de la misma región, tienen más valor militar que si se mezclan los que han nacido en la montaña con los que habitan en la llanura.

¿Cuál es el mínimum de tiempo necesario para recibir una buena instrucción profesional? ¿Será eficaz esa instrucción en noventa días? Esta es una cuestión que está resuelta entre nosotros y en Europa desde hace muchos años. Está resuelta entre nosotros desde 1896. Cuando tuve el honor de desempeñar el cargo de jefe del estado mayor del ejército, he dirigido las instrucciones de la milicia de la República, en campamentos militares, y me he convencido que con buenos instructores en noventa días nuestros ciudadanos de veinte años no tienen ya nada que aprender. En 1896, la división compuesta de los guardias nacionales de la capital y de la provincia de Buenos Aires, en la que formaba parte como distinguido capitán de infantería el señor miembro informante de la minoría de la comisión, cuyo testimonio invoco, desfiló por las calles de esta capital demostrando su buena instrucción y su correcta disciplina.

En Europa, este problema está resuelto hace mucho tiempo en Francia, Alemania y Suiza. Para no abusar de la benevolencia de la cámara, voy á leer solo las opiniones del antiguo capitán de artillería, señor Gastón Moch, á quien ya me he referido en otro caso, que se ocupa extensamente de la instrucción militar y que goza en Europa de una gran autoridad por las obras que ha producido; y si me refiero á este autor y no á otros, es porque es el más moderno; su libro editado en París este año, ha llegado á Buenos Aires hace pocos días.

Dice el capitán Moch: «¿Cuál debe ser la duración del servicio para instruir á nuestros jóvenes soldados? Entiendo por instruirlos, enseñarles el oficio independientemente de toda cuestión moral. Sobre este punto las opiniones de los autores franceses varían extraordinariamente; y estas divergencias serían suficientes para desorientar-

nos si no fuera fácil constatar que la mayor parte de esos autores olvidan establecer previamente qué es lo que realmente debe enseñarse á la tropa. Así, por ejemplo, el capitán Bois, que tanto se ha ocupado de estas cuestiones de instrucción, cree que ella exige menos tiempo para el artillero, que combate siempre bajo la mirada de sus oficiales, ó para el soldado de caballería, que en la carga está encuadrado en su escuadrón, que para el infante que debe tener la fuerza moral necesaria para permanecer horas enteras durante el combate expuesto á la lluvia de las balas y que abandonado á sí mismo debe poder conservar bastante calma para utilizar sabiamente el terreno, apreciar exactamente las distancias, modificar el alza, apuntar bien y estar atento á las órdenes de su jefe».

«Como se ve, dice el capitán Moch, aquí el autor se sale de la cuestión, pues no se trata de la fuerza moral, ni de la calma necesaria para ejecutar las órdenes recibidas, sino de adquirir los conocimientos que son necesarios á un simple soldado en campaña».

Pasa revista en su obra á varios autores y apunta el mismo error. Pero tratando sobre el punto particular de la instrucción de la infantería, dice: «Debo mencionar ante todo, la obra. «El infante en 50 horas», que nuestros oficiales han acogido con el favor de que es testimonio la rápida extinción de las cuatro ediciones. Se trata de un método de instrucción que le ha permitido formar tropa, hacerla apta para manio-brar bien en 50 horas de ejercicio repartidas en 10 jornadas. Lo más importante en esto, es que no es solamente un estudio teórico sino el resultado de una práctica de muchos años. Más de 4000 hombres han sido sometidos á este sistema de enseñanza. Cada contingente, que variaba de 200 á 600 hombres, ha sido después de un mes considerado como absolutamente instruído en todas las partes de la instrucción militar. Es, pues, un hecho consagrado por la experiencia».

«Se podría temer, agrega, que esta instrucción fuera superficial, se olvidará pronto; pero hemos recibido después de tres años á los licenciados, que venían á hacer un nuevo período y los hemos encontrado perfectamente instruídos y desde el día siguiente de su llegada el conjunto del batallón era muy satisfactorio».

La conclusión del autor es que con

el empleo de este método en dos meses, se obtiene la formación completa y definitiva de una clase entera de reclutas.

Recuerda los distintos ensayos que se han hecho en Francia, y dice: «Debo mencionar, ante todo, una importante experiencia de la instrucción intensiva, que fué hecha hace ya mucho tiempo con verdadero éxito. En 1881, el general Lamiraux, coronel entonces, aplicó al regimiento 53 de infantería un cuadro de instrucción para la enseñanza de los reclutas en ocho semanas.»

«La experiencia de la instrucción intensiva no ha sido hecha solamente en Francia. En Alemania una gran cantidad de hombres de la reserva, que no habían prestado ningún servicio militar, fueron sometidos del 80 al 94 á tres períodos de instrucción, que duraron, el primero, diez semanas, y los otros dos, seis y cuatro respectivamente. Aunque estos hombres eran físicamente inferiores al contingente ordinario, y aunque no se tuvo para instruirlos un cuadro homogéneo, como el de las compañías del ejército activo, el capitán Miller declara que al fin del período de diez semanas estaban perfectamente bien instruidos, y agrega: «Al principio los jefes superiores del ejército no querían creerlo, pero tuvieron que reconocer que los resultados eran sorprendentes, y que en los puntos esenciales no era posible distinguir una compañía de la reserva de una compañía del ejército activo.» Esto es concluyente.

Todo dependerá de la acertada elección de los jefes y oficiales encargados de dirigirla. Sería tiempo perdido y una nueva tentativa de organización militar malograda, si los jefes y oficiales encargados de dirigir la instrucción de los guardias nacionales de veinte años no estuvieran á la altura de su misión. Y aquí surge, señor presidente, la faz más interesante, primordial, de cualquier sistema de organización militar: el cuerpo de oficiales.

Se ha dicho que el valor de un ejército proviene del valor que tenga su cuerpo de oficiales, y creo que nunca se ha dicho una palabra militar más profunda. Porque los defectos y las calidades del oficial se comunican y se reflejan siempre en la tropa que manda. El sentimiento de imitación es una fuerza que corrige y transforma ó que corrompe y aniquila, según sea el carácter del ejemplo dominante. Son los oficiales de Napoleón los que siempre conducen tropas victoriosas; y

cuando los instrumentos de la guerra se han perfeccionado y las batallas son un problema científico, son los oficiales de Moltke los que en el campo levantan la bandera vencedora. (*¡Muy bien!*)

Ante todo, señor presidente, es necesario que el cuerpo de oficiales sea homogéneo. Voy á explicar porqué. La condición del éxito en la guerra es la fuerza; las condiciones que determinan la superioridad en el dominio de la fuerza, son la bravura y la inteligencia, es decir, el valor moral, y, en segundo término, el número y la organización. El oficial debe emplear en el combate aquellas calidades de valor y de inteligencia, de acuerdo con el todo de que forma parte, como si fuese un resorte solidario del mismo organismo. Los esfuerzos aislados, que no se dirigen al fin propuesto, al objetivo indicado, son esfuerzos perdidos, porque no se trata de realizar proezas individuales ni de cubrirse de gloria, sino de vencer. Y la condición de la victoria es la cohesión, la unificación, la coordinación de todos los grupos del mismo partido.

Separados por la distancia, sin poder recibir órdenes del jefe inmediato, los oficiales deben proceder en el combate como si una dirección exterior coordinara sus esfuerzos. Es necesario que entre ellos exista, pues, una armonía preestablecida que les permita seguirse en los incidentes de una batalla, y apoyarse los unos á los otros, sin comunicaciones, sin informaciones, como si la distancia no existiera, para ser los más fuertes en un momento dado sobre un punto determinado.

¿Y cómo es posible, señor presidente, obtener esta coordinación de esfuerzos que asegura la unidad de acción en las batallas, si no hay unidad de doctrina, si no hay unidad de instrucción?

Si no debemos pues, copiar las instituciones militares de otros pueblos, debemos inspirarnos en los sistemas de enseñanza, en los métodos de instrucción, en los procedimientos para organizar y para reclutar el cuerpo de oficiales. El ejército alemán nos ofrece el mejor ejemplo y el mejor modelo; allí los oficiales provienen de un solo origen, pertenecen á la misma clase social, y para ser admitidos deben someterse á las mismas pruebas. Constituyen hoy una verdadera familia, extremadamente celosa de su honor y de su fama; están tan estrechamente unidos como si hubieran pronunciado votos, como si pertenecieran á una cofradía, vinculados más que por el

sentimiento efímero de la camaradería militar, por una alta solidaridad de ideales y de aspiraciones comunes. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

El oficial que una sola vez comete faltas de disciplina, que una sola vez olvida las exigencias del decoro, los deberes que el uniforme impone, pierde su posición sin que haya consideración alguna que impida su separación del servicio activo. Pero hay regimientos, en los cuales el tribunal de honor instituido para juzgar las faltas que cometan los oficiales, no se reúne jamás, porque, por regla general, para un oficial del ejército alemán, es punto de honor cumplir con su deber en todas las circunstancias de su vida.

Supervivir no depende de los caprichos del superior, como en otros ejércitos que conocemos; su porvenir depende siempre de su conducta. Ascende por estricta antigüedad, y como tiene la seguridad de llegar, goza de una inamovilidad en su empleo que le da independencia y dignidad, porque no teme injusticias, porque no espera favores. Pero es necesario que se conserve siempre á la altura de su misión, física é intelectualmente. El esfuerzo continuo es la ley de la vida en el militar alemán. *(¡Muy bien!)*

Llegar á esa altura no es la tarea de un día: será el resultado del esfuerzo de muchos años, y sobre todo del espíritu de continuidad en la dirección superior del ejército. Pero es necesario empezar, y es urgente. Cada día el remedio es más difícil, y lo repito, señor presidente, plenamente convencido: cualquier sistema, cualquier plan de organización militar, debe empezar por el cuerpo de oficiales. Esa es la causa de la causa.

Los armamentos modernos perfeccionados, bien lo sabe el señor ministro de la guerra, no nos darán superioridad alguna en los campos de batalla, si no tenemos un buen cuerpo de oficiales, homogéneo, á cuyas órdenes se forman los buenos soldados.

He dicho. *(¡Muy bien! ¡muy bien! Prolongados aplausos en las bancas.)*

Sr. Demaria—Pido la palabra.

Pocas veces, señor presidente, habrá entrado un miembro de esta cámara en condiciones más desfavorables á un debate. La magnitud y la importancia del asunto, mi notoria falta de preparación en la materia y las brillantes palabras que acabamos de oír, me colocan en una posición en la que tal vez hubiera desistido de la discusión si no fuera la

confianza absoluta que tengo en que estoy sosteniendo una buena causa, en que estoy sosteniendo una buena doctrina, inspirada en los altos ejemplos que nos da el mundo civilizado, ejemplos que no podemos desconocer sin exponernos á sufrir todos los contratiempos que han sufrido los países que en la época moderna los han desconocido.

Sólo tengo á mi favor, precisamente, esas desventajas, las que me dan derecho á pedir á mis honorables colegas indulgencia y tolerancia para mi palabra.

Me dan derecho también cuatro brevísimas palabras que pronuncié en este recinto el año pasado, y que serán la mejor prueba de mi sinceridad; demostrarán que no hay en mi espíritu ni vinculaciones personales, como algunos suponen, señor presidente, ni intereses políticos de ninguna naturaleza que puedan desviarme de sostener lo que yo creo que es la buena organización militar que el país requiere.

Discutiendo la ley de marina el año pasado en esta cámara, el señor ministro del ramo presentó un proyecto estableciendo el servicio obligatorio de dos años para la armada. Algunos diputados pidieron que ese artículo se hiciera extensivo al ejército, y yo tuve el honor de oponerme porque consagraba una verdadera irregularidad legal: la diferencia del servicio de dos años para la armada, y de un año, como estaba establecido, para el ejército, sosteniendo que mientras no organizáramos las reservas bajo la autoridad exclusiva del gobierno nacional, no tendríamos ejército, no estaríamos preparados, no estaríamos defendidos.

Ahí está la explicación del calor, de la pasión, del entusiasmo con que yo he defendido este proyecto del poder ejecutivo, cuando he visto que por primera vez en mi patria se habla de reservas nacionales, de ejército nacional, no en el concepto reducido y estrecho con que lo hemos entendido hasta ahora, sino en el concepto amplio con que lo entienden todos los países modernos. *(Aplausos.)*

Bien, señor presidente, pienso que para poder estudiar el fondo de esta cuestión es necesario empezar por dividirla. Es necesario considerarla del punto de vista militar, del punto de vista político, del punto de vista financiero y del punto de vista constitucional; y sólo entonces podremos decir que nos hemos dado cuenta del problema en todas sus variadas faces, en toda su amplitud.

Yo deseo que la cámara me permita, antes de entrar al debate, hacer una ligerísima síntesis de los dos proyectos, porque como informo el despacho de la minoría de la comisión, me veo en la necesidad de comparar los dos para demostrar cuáles son las razones, cuáles son los fundamentos que los que subscribimos ese despacho hemos tenido para apoyar el uno y para desestimar el que suscribe la mayoría de la comisión.

El sistema de la mayoría de la comisión, señor presidente, mantiene la división tradicional del país entre ejército de línea y guardia nacional, y llama ejército de línea sólo á los hombres que están en los cuarteles. El sistema del poder ejecutivo, el sistema de la minoría de la comisión, importa una transformación fundamental en este punto, y llama ejército de línea á todos los argentinos de veinte á veintiocho años, correspondiendo estos dos sistemas á los dos conceptos en que hoy se dividen los escritores militares: el ejército-escuela, que sostiene la mayoría de la comisión; el ejército instrumento de combate, que sostiene la minoría.

Además de esta diferencia fundamental, el sistema de la mayoría de la comisión establece movilizaciones de dos meses para las clases de veinte años; y el sistema del poder ejecutivo establece un sistema obligatorio de seis meses, para las cuatro quintas partes de las clases, y de dos años, para una quinta parte.

La simple enumeración de estas divisiones está demostrando la injusticia que hay en llamar al proyecto del gobierno proyecto de servicio de dos años. No, señor presidente, es un servicio de seis meses, puesto que el mayor número es el que debe dar la caracterización.

Además, hay un artículo en esa ley que autoriza al poder ejecutivo á rebajar esos seis meses hasta cuatro, cuando razones de presupuesto lo aconsejen, ó cuando las circunstancias internacionales lo permitan; y entonces, señor presidente, la tan famosa diferencia entre la instrucción obligatoria y el servicio obligatorio queda meramente reducida á un mes de tiempo. Tres meses establece la mayoría de la comisión; hasta cuatro meses puede reducirse el servicio obligatorio en el proyecto del poder ejecutivo.

Respecto de la quinta parte del contingente que sirve dos años, me reservo estudiarlo cuando entremos á la cuestión en detalle.

Establecida esta síntesis, veamos cuáles

deben ser las condiciones de una buena ley argentina.

Estoy completamente conforme con el señor miembro informante de la mayoría: no podemos copiar la ley de ningún país de Europa; por eso estoy en contra de que copiemos el sistema suizo, como lo hace la mayoría, de acuerdo con esos mismos fundamentos que ella misma nos ha dado; yo pienso que necesitamos inspirarnos, como ella también nos lo ha dicho, en los principios que aplican las grandes potencias, que no son sino el resultado de la experiencia humana de todos los siglos, y adaptar esos principios al medio especial de nuestro país. Creo que sólo con ese criterio de adaptación podremos llegar á la buena organización argentina; pero nunca podrá ir la adaptación hasta desconocer los principios fundamentales de la ciencia en esta materia; es necesario salvar esa base fundamental, crear el instrumento científico con las adaptaciones, con las modificaciones, con las desviaciones que nuestro regionalismo propio nos impone. Esa será la única forma en que llegaremos á estar bien organizados alguna vez.

Voy á demostrar á la cámara, me parece, que el sistema de la mayoría de la comisión, exceptuando lo que para mí es un accidente en el proyecto, los diez mil enganchados, es la ley suiza, ni más ni menos; y se quiere adoptar y aplicar á este país, con sus inmensos territorios, con sus desiertos, con sus regiones despobladas, esa ley que sólo ha podido dar resultado en un país cuya extensión poblada no alcanza á veinte mil kilómetros cuadrados.

Además, se ha fundado este proyecto diciéndolo también que entre nosotros existe el hábito de la desobediencia, que basta que se dicte una ley para que todos los argentinos empiecen á buscar el medio de eludirla.

Precisamente, esa deficiencia nacional, que reconozco, es la que hace más necesaria una ley fuerte, una ley severa, una ley sencilla, que nadie pueda eludir. Es necesario también centralizar en un solo poder, en una sola responsabilidad, la violación de esa ley, para que no suceda lo que hoy ocurre: que cada uno de los poderes se echa la culpa y en definitiva el país no sabe quién la tiene.

Respecto del reclutamiento—y esta es una de las bases fundamentales, la primera que hay que tratar al estudiar una ley militar—el proyecto de la ma-

yoría conserva al enganchado como base del ejército, y el proyecto de la minoría, como he dicho, establece el servicio obligatorio de seis meses para las cuatro quintas partes de la clase y de dos años para la quinta parte restante.

Estos dos tipos de ejército, de soldado, corresponden al diferente concepto de la guerra antigua y la guerra moderna. Cuando la guerra era de soberano á soberano, de dinastía á dinastía, se buscaban mercenarios enganchados, para que fueran á hacer la defensa de los intereses de los que les pagaban. Pero hoy la fuerza de las cosas, la fuerza de la civilización, hace que toda guerra tenga que ser forzosamente una guerra nacional, y siendo una guerra nacional, cada país está en la obligación de echar en el platillo de su balanza todos los elementos, todo el peso de que puede disponer, para inclinar á su favor la suerte de las armas. (*Muy bien!*)

Y es necesario prepararnos para esa eventualidad; estar listos para echar en el platillo de nuestra balanza todos los elementos de que podamos disponer. Es este el concepto de la guerra nacional, y á este concepto de la guerra nacional, que la civilización impone hoy, por que todas las guerras no serán de otra manera entre pueblos civilizados, corresponde forzosa y naturalmente el concepto del ejército nacional, que es el ejército verdaderamente democrático, el ejército de las naciones republicanas, que excluye á esos ejércitos de pretorianos que no preguntan qué es lo que defienden cuando van á defenderlo; es la nación armada, son los ciudadanos con las armas en la mano; y, en estas condiciones, el país, que es él mismo la base de su ejército, no puede temer opresiones de él. (*Muy bien!*)

En un artículo que he tenido la fortuna de encontrar anoche, recién llegado, el diputado francés Gervais, sobrino del almirante Gervais, define el ejército del servicio obligatorio llamándolo «el ejército del sufragio universal». De tal manera entienden en Europa que ese es el concepto verdaderamente democrático de la organización militar.

Pero se ha citado, señor presidente, en contra de nuestros argumentos, en contra de nuestro sistema, el ejemplo de Inglaterra y de Suiza.

Yo creo que tratándose de Inglaterra, es muy difícil que pudiera decir nada más elocuente y más eficaz de lo que dice sir Charles Dilke, personalidad demasiado conocida en el mundo intel-

tual para que yo haga su presentación á la cámara.

Me permitirá la cámara que lea unas breves palabras del artículo en que sir Charles Dilke explica por qué no necesita la Inglaterra y por qué no podría establecerse allí el servicio obligatorio.

Dice: «El imperio del mar nos defiende contra toda invasión.»

Esa es la razón fundamental: el imperio del mar.

«El imperio del mar nos permite también un contraataque y un desembarco sobre un punto cualquiera, á nuestra elección, de las colonias ó de la metrópoli del adversario; tentativas difíciles tal vez, pero que nos ofrecerán seguramente á nosotros menos dificultades que al enemigo. Fronteras terrestres no tenemos, en verdad, sino en la India y en el Canadá.»

Explica, en seguida, por qué en las fronteras del Canadá nada tiene que temer, puesto que el país limítrofe, los Estados Unidos, es un aliado y con él tiene todo género de puntos de contacto; y porque nada tiene que temer, tampoco, en sus fronteras de las Indias, mientras los rusos no lleguen al Afghanistan; y agrega, que cuando lleguen allí, será el día de preocuparse.

«El ejército inglés, dice después, no se parece en nada á los otros ejércitos: cualquiera que sea la extensión de nuestro imperio, no tendremos sino raramente necesidad de un inmenso ejército de tierra; la dificultad para nosotros consiste en mantener nuestra fuerza en tiempo de paz en los países cálidos y en las regiones malsanas donde necesitamos tener guarniciones.»

«La Alemania, la Francia, la Rusia, el Austria, la Italia y el Japón, ninguna de las potencias militares tiene necesidad, como tenemos nosotros, de mantener en el pie de paz la mitad de su efectivo en distintos puntos del mundo.»

«Proyectar el servicio obligatorio para las guarniciones de la India, para las del Africa austral ó para nuestras estaciones de carbón en los trópicos, sería pura locura.»

Pero veamos, señor, cuál es la opinión del mismo Dilke, ya que estamos citando autoridades, sobre el servicio obligatorio de las otras naciones.

Dice: «El principio del servicio personal debido por el ciudadano á la patria, en una forma ó en otra, es evidentemente racional. En cuanto á los in-

convenientes de la conscripción, basta conocer un poco la Alemania actual para ver todo lo que nuestros escritores y oradores ingleses nos han exagerado.»

Y hablando del sistema inglés y de su aplicabilidad á la Francia, dice: «Entre ustedes los franceses, este sistema tendrá sin duda inconvenientes que entre nosotros no tendrá jamás. Ustedes están á la disposición de una agresión rápida. A nosotros, nuestra flota nos garante contra eso, mientras tengamos el imperio del mar, y probablemente nuestro ejército de reserva sólo nos será útil, no desde los primeros días de una guerra, sino después de un largo período de hostilidades. Tendremos, pues, mucho más tiempo que cualquiera otra potencia para completar en nuestros campamentos la instrucción insuficiente de nuestros hombres.»

Es imposible condensar mejor las razones por que la Inglaterra no ha establecido y no establecerá nunca el servicio obligatorio. Pero, para que su ejemplo fuera válido ante nosotros, sería preciso que se nos decretara primero que fuéramos una isla, y, en seguida, que domináramos el mar. Entonces yo estaría conforme con el proyecto de la mayoría de la comisión.

Pero, señor presidente, es necesario también establecer la diferencia que hay entre el veterano, el enganchado y el conscripto, que son cosas fundamentalmente distintas. Porque aquí estamos hablando como si veterano y enganchado fuese lo mismo, cuando veterano y enganchado, como he dicho, son cosas radicalmente distintas.

Veterano es el hombre que ha hecho campañas, el hombre que ha visto el fuego, que ha salido con vida del ataque. Ese es el veterano. Pero esas condiciones no se adquieren en la rutina normal, idéntica, permanente, indefinida de la vida de cuartel.

Ese que no ha visto campañas, que no ha visto fuego, es el enganchado. Y yo sostengo el sistema del servicio obligatorio porque creo que en nuestro país no podemos obtener sino enganchados; si me dieran veteranos, ya sería otra cosa, y entonces buscaríamos el medio de incorporarlos á la ley; pero por ahora, nosotros hablamos del enganchado y del ciudadano convertido en soldado por el servicio obligatorio; porque no sé donde vamos á obtener los veteranos, donde les vamos á hacer combatir, á no ser que los hagamos pelear entre ellos.

Se ha dicho que la mayoría de los militares argentinos sostienen el plan de la conscripción. Yo tengo la suerte de estar vinculado personalmente á muchos de ellos, y he podido comprobar que la inmensa mayoría son partidarios del sistema obligatorio; y la inmensa mayoría en todas las escalas, desde oficial hasta jefe superior.

Me voy á permitir citar á este respecto la opinión de un veterano ilustre, de un hombre que ostenta en su pecho todas las condecoraciones que la patria ha dado al valor y al honor militar, del general Luis María Campos, quien, presenciaba un día una discusión sobre estos asuntos, entre guardias nacionales.

El general Campos los oía sin tomar parte en la discusión, hasta que la manifestación hecha por un comandante de guardias nacionales, de sus dudas sobre la eficacia del conscripto en el momento del combate, lo sacó de su silencio y no pudiéndose contener se levantó y le dijo:

—Señor comandante, en un día de batalla, su batallón irá á donde usted sea capaz de llevarlo!

Y eso es, señor presidente, lo mismo que nos acaba de decir el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, cuando nos hablaba de los oficiales alemanes y nos invitaba á seguir su ejemplo. Póngaseles malos jefes, y no digo los enganchados, tal vez hasta los veteranos no combatirán bien; pero póngaseles buenos jefes, y veremos si los argentinos somos una raza decrepita, una raza sin virilidad, como parece darse á entender cuando se sostiene que es necesario tener ocho y diez años al ciudadano vistiendo el uniforme en un cuartel para que sea capaz de hacerse matar el día que la patria lo necesite. (*Muy bien! muy bien!—Aplausos*).

Precisamente, señor presidente, mi falta de autoridad me obliga á ir á buscar autoridades. Yo tengo que pedir disculpa á la cámara si abuso un poco de las citas. No es por exhibir una preparación de escaparate é improvisada. No, señor presidente; es porque necesito reforzar mi opinión sin autoridad, con las primeras autoridades modernas, con la de los hombres que realmente dominan estas cuestiones.

Puedo citar, señor presidente, la opinión del primer genio militar que la humanidad haya producido, la de Napoleón.

Conversando un día en la isla de San-

ta Elena con el coronel Bilks, un distinguido jefe del ejército inglés, le dice (memorial página 330)—hablando de las ventajas que había encontrado él en poder sacar oficiales de las filas:—«Esta es una de las grandes consecuencias de la conscripción, pues ha constituido el ejército francés, el más bien organizado que haya existido jamás. Es una institución eminentemente nacional y ya muy afianzada en nuestras costumbres; sólo á las madres todavía les repugna.»

«Cuando el servicio no se presenta como un suplicio ó vasallaje, sino que es un punto de honor que todos se manifiesten celosos de cumplirlo, entonces es cuando la nación es grande y fuerte, entonces su existencia puede desafiar los reveses, las invasiones y los sitios.»

«Además, también es cierto lo que se dice, que todo se consigue de los franceses—y aquí podríamos con justicia leer argentinos—que todo se consigue de los franceses con el aliciente del peligro; parece que les da espíritu y que es una herencia de los galos. El valor y el amor á la gloria en los franceses son un instinto natural, una especie de sexto sentido. Cuántas veces en el calor de las batallas me he detenido á contemplar á mis jóvenes conscriptos arrojarse impetuosamente en la refriega por primera vez: el honor y el valor les salían por todos los poros.»

Esta es la opinión del primer capitán que ha producido la humanidad sobre los conscriptos como instrumento de combate.

Después de esta opinión, señor presidente, me parece ya casi ocioso citar otras; sin embargo, podría referirme á lo que dice Von der Goltz, que la fuerza de las naciones está en la juventud. Es admirable cómo desarrolla su argumento, diciendo que á cierta edad ya de la vida, los hombres están natural, lógicamente vinculados á la existencia, que no podrían jugarla con la misma despreocupación, con la misma tranquilidad que en los primeros años de la vida, cuando poco se pierde, cuando todavía no se ha subido la montaña, cuando todavía no se sabe lo que hay arriba, al otro lado.

Podría citar también —y la cámara me ha de permitir que haga esta cita, porque se refiere á un hecho muy moderno, á la guerra del Transvaal— aunque su autor no es un militar, es un distinguido economista, es un hombre que se encuentra en estas especiales circunstancias: tiene tal autoridad

en materia de organización militar, que la comisión de guerra de la cámara de diputados de Francia le encargó hace dos años que hiciera un estudio sobre la reducción del servicio. El jefe del estado mayor ruso actual le manifestó, en una carta publicada en sus obras, que si sólo pudiera tener en su biblioteca diez libros militares, entre esos estarían las obras de Block.

Como se trata de la opinión de un hombre que no es militar, necesito autorizarla con estas citas y opiniones de militares.

Hablando de las experiencias que deben deducirse de la guerra del Transvaal, dice que á consecuencia del perfeccionamiento en el armamento, el soldado profesional no posee ya su antigua superioridad sobre el civil transformado en soldado; al contrario, el ciudadano inteligente posee una capacidad superior, iniciativa individual y es más capaz de acción independiente.

Los boers, simples paisanos, habituados á la acción individual por su manera de vivir, se han mostrado excelentes soldados y hasta en el ejército inglés son las tropas coloniales y la *yeomanry*, formada casi enteramente por civiles, las que se han distinguido más, y de ninguna manera los soldados regulares, que han sido derrotados, diezmados y capturados. Es el resultado que nos está demostrando en todas las naciones, la experiencia. Continúa aquí refiriéndose á otros detalles de la instrucción que no leo por no ser demasiado extenso. Las memorias que no he podido conocer sino por extracto, porque no han llegado todavía á Buenos Aires, pero que he tenido la suerte de leer en algunas de sus partes, las memorias del coronel Villebois Maureil, el distinguido militar francés que fué á ofrecer su espada á la causa de los boers, rindiendo allí su vida, está clara y perfectamente demostrado que los boers todo lo que necesitaron fué organización y disciplina, cohesión, aquello que decía el general Mac Donall, explicando por qué no realizó una maniobra: «Porque mis soldados no estaban bastante bien cosidos». Eso es lo que les ha faltado: estar bien cosidos; y es á eso á lo que tiende el proyecto del poder ejecutivo, y es eso lo que no nos dará nunca ese sistema de movilización de tres meses, volviendo en seguida el conscripto á la guardia nacional, que propone la mayoría de la comisión.

Nos hablaba elocuentemente señor

presidente, el miembro informante de la mayoría de la comisión, de como debían ser los oficiales; nos hablaba de los tribunales de honor que tienen los cuerpos alemanes, nos hablaba del grado de unidad y de instrucción, proveniente de la unidad de origen, de la unidad de enseñanza y de muchas otras causas; nos hablaba de que era necesario levantar el concepto del oficial, y como un medio de levantarlo nos decía que era necesario hacer que el oficial mereciera ese concepto.

Bien, señor presidente; todas esas afirmaciones nada demuestran porque son aplicables á los dos sistemas; pero podríamos preguntar si es manteniendo en los cuarteles el producto de nuestros enganches, como vamos á conseguir la dignificación del oficial. ¿Es obligando á los oficiales á tener que tratar con tropa que no pueden manejar, en la mayor parte de los casos, sino por medio de los castigos corporales, como vamos á conseguir el mejoramiento del ejército argentino? ¿Es así como vamos á levantar el concepto de la carrera militar?

Es necesario empezar, señor presidente, para obtener todo eso que el miembro informante de la mayoría de la comisión nos decía de los oficiales alemanes, es preciso empezar por abajo, por los cimientos, por el soldado.

Sobre la clase de hombres que nos suministra el enganche, señor presidente, nada más elocuente puede decirse que lo contenido en la nota que el señor general Godoy, siendo jefe del estado mayor, elevó al ministro de la guerra. Allí está perfectamente establecido que el enganche es insuficiente; dice que nos produce individuos analfabetos, que pierden su tiempo en las filas, y que vuelven en seguida al seno de la sociedad sin haber aumentado en nada su capacidad y su cultura; en una palabra, no se ha podido poner contra el sistema del enganche una lápida más inmovible que esa nota, dirigida por el entonces jefe del estado mayor.

Pero si salimos de la parte militar y entramos á la parte civil, si entramos á los beneficios sociales que esta ley del servicio obligatorio ha de producir, nos encontramos con que ellos son inmensos: que no hay escuela de moralidad, que no hay escuela de disciplina, de cultura, como el servicio obligatorio. Sufren los hombres de nuestra campaña, allí bajo banderas, una verdadera transformación, y eso lo puede decir

todo el que haya tomado parte en cualesquiera de las movilizaciones que se han realizado hasta la fecha. Vienen faltos de cultura, faltos de preparación, muchos de ellos, con ideas confusas sobre las diferencias que hay entre patria y gobierno, nación y provincia, etc.

Cuando salen del servicio, cuando vuelven á ser otra vez ciudadanos, vuelven más dignificados, más moralizados, llevando á la vida civil la simiente de orden, de moralidad, de cultura que han adquirido bajo banderas.

Esto lo reconocen todos los escritores militares más autorizados. Bastaría referirme, y no leo ya en obsequio á la brevedad, á los informes del coronel Stoffea, agregado militar de Napoleón III en Alemania, á quien, si se le hubiera oído, tal vez no hubiera tenido la Francia que lamentar el desastre del 70; á medida que se va leyendo esos informes, se va viendo el espíritu de este oficial, imbuído de las ideas antiguas de los veteranos, que se resiste á asimilar el sistema prusiano, y poco á poco, á medida que lo ve funcionar, por que asistió á la guerra del 66,—contra el Austria,—á medida que va entrando en el mecanismo de ese sistema, va descubriendo sus resortes y dándose cuenta de la alta importancia moral que tiene el servicio obligatorio.

Dice, recuerdo sus palabras textuales, que dos cosas son, sobre todo, las que le llaman la atención: el principio de justicia y el principio de moralidad, que sirve de base al sistema, y demuestra, después, cómo hoy esas dos condiciones son absolutamente indispensables.

Se dice, señor presidente, que entre nosotros el sistema del servicio obligatorio ha fracasado.

Me parece que pocas cosas son más fáciles de refutar que esta afirmación. Ha fracasado un sistema en que los gobernadores de provincia enrolan, en que los gobernadores de provincia sortean y en que los gobernadores de provincia mandan á quienes ellos ó sus subalternos se les ocurre que han de servir en las filas. Eso no es el sistema que hoy propone el poder ejecutivo; si así no fuera, también yo estaría en contra del proyecto; y á eso me refería cuando en las sesiones del año pasado tuve el honor de pedir la nacionalización de todo lo que se refiere al ejército de línea, estableciéndose ocho ó diez clases de ciudadanos de veinte á veintiocho años.

Ese es el sistema que ha fracasado. Y no se diga que en la capital ha sucedido lo mismo que en las provincias, porque no es así, y el señor ministro de la guerra, cuando llegue la oportunidad, podrá dar á la cámara las cifras exactas; pero yo puedo adelantar que aquí, en la capital, ha sucedido todo lo contrario, y eso que en ella ha funcionado el sistema con prescripciones legales absolutamente deficientes del punto de vista de las juntas de enrolamiento, de las que dan las excepciones y de todo lo que se refiere al mecanismo de la ley. Pero una vez modificada en el sentido que lo propone el poder ejecutivo, las condiciones en que esas juntas se encuentran, modificado el sistema del enrolamiento dentro del sistema de la división regional del país, del punto de vista militar, yo no tengo una sola duda, una sola vacilación de que esa ley de vista militar, yo no tengo una sola duda, una sola vacilación de que esa ley se cumplirá de la manera más absoluta.

Además, la misma contiene garantías, y garantías muy eficaces; y sobre todo, la mayor eficacia y la mayor garantía de que ella se cumplirá es la unidad de responsabilidad.

En cuanto á que los argentinos desde que nos ponemos á hacer una ley, empecemos por poner en ella los medios de evitar el abuso, diré que creo que cuando se hace una ley, hay que hacerla

amplia, un instrumento útil, eficaz, práctico de gobierno, estableciendo la unidad de responsabilidad; y si esa ley se falsea, si no se cumple, sabremos después á quién echar la culpa. Y entonces, señor presidente, será llegado el caso, una vez que se hubiera demostrado que el poder nacional ha agotado su voluntad y sus medios de ejecución de esa ley, de decir que el servicio obligatorio es inaplicable en nuestro país.

Hemos demostrado recibiendo todas las instituciones del mundo civilizado, en sus principios fundamentales con las adaptaciones que el medio exige, que tenemos todas las cualidades de pueblo civilizado. No sé yo por qué la materia militar había de ser una excepción, cuando no lo es la organización política, ni la organización social, ni la organización de la familia, ni el gobierno, ni nada de lo que es capaz de recibir y adoptar como institución cualquiera de los grandes pueblos de la Europa. (*Aplausos.*)

Sr. Lacasa—Como el orador está fatigado, podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Son las 6 y 20 p. m.